

muchos templos; otros fueron consagrados al culto del verdadero Dios, como el de la diosa Celeste en Cartago; edificio notable, que, célebre por la

*cia ipsa templorum, que in civitatibus, vel oppidis, vel extra oppida sunt, ad usum publicum vindicentur; aræ locis omnibus destruantur; omniaque templa in possessionibus nostris ad usum adcomodos transferantur; domini destruere cogantur. Non liceat omnino in honorem sacrilegi ritus funestio-*

devocion de los fieles, ocupaba con sus dependencias un espacio de dos millas cuadradas.

*ribus locis exercere convivium, vel quidquam solemnitate agitare. Episcopis quoque locorum, hæc ipsa prohibendi ecclesiasticæ manus tribuimus facultatem; iudices autem XX librarum auri pœna constringimus; et pari forma officiorum, si hæc eorum fuerint dissimulatione neglecta. Dat. 17 kal. dec. Romæ (408). Cod. Teod., XVI, 10, l. 19.*

## CAPITULO XIV

ARCADIO.—TEODOSIO II.—VALENTINIANO III

No se hallaba á la sazón en circunstancias menos azarosas el imperio de Oriente. La monarquía, á que no oponía obstáculo ningún recuerdo de antiguos privilegios, obraba allí con mas segura confianza que en las provincias occidentales; á la par que estas abarcaban países que apenas habian salido de la barbarie, el imperio de Oriente se dilatava sobre reinos famosos por su antiguo renombre ó por su ciencia; pero toda la ventaja que sacaba de esto se reducía á sutilezas sofísticas, á ejemplos de intrigas, de sumision absoluta y de lujo estravagante. Una diadema de oro recargada de diamantes orna las sienes del sucesor de Constantino, enteramente vestido de púrpura y de seda tachonada con dragones bordados de oro: lleva brazaletes y zarcillos de estraordinario precio: su trono es de oro macizo: de oro tambien, á lo menos en apariencia, eran las lanzas, los escudos, las corazas, los arreos de los caballos para uso de los cortesanos, de los guardias, de los ministros, que rodean al monarca cuando se presenta en público. Dos mulas de estremada blancura con aparejos maravillosos tiran de su carro de oro con cortinaje de púrpura, blanca alfombra y adornado de enormes piedras preciosas. Cubre polvo de oro el pavimento de los salones, de las escaleras, de los patios del palacio, donde acuden las personas opulentas á arrastrarse á las plantas de algun eunuco favorito (1).

¿Era bastante toda aquella pompa á encubrir la ineptitud del jóven Arcadio? Incapaz de obrar por sí, se confiaba, como Honorio, á favoritos que alternativamente se enseñoreaban del poder para engolfarse á su antojo en innumerables abusos.

(1) Estos detalles han sido entresacados por el Padre Moutfaucou de las obras de San Juan Crisóstomo.

Después de la caída de Rufino, como ya hemos dicho, se dejó gobernar por el eunuco Eutropio, quien, no contento con el influjo secreto ejercido por sus iguales bajo los príncipes anteriores, aspiró á ser magistrado general. Viósele presentarse en el Senado para pronunciar allí fallos; delante del ejército cubierto con una armadura, menoscabando y envileciendo de este modo las más altas dignidades á los ojos de amigos y de enemigos. A él habia necesidad de dirigirse para obtener grados, favor ó justicia. Erigíale la adulacion estatuas de mármol y de bronce, pregonando las virtudes cívicas y militares del tercer fundador de Constantinopla. Hubo sin duda de mover á risa oírle cómo se titulaba padre del emperador, á la par que debió causar espanto ver condecorado con el nombre de cónsul á aquel eunuco, poco antes esclavo (2). Honorio se negó rotundamente á reconocerle como tal y hasta declaró cómo no llegadas á Occidente las órdenes procedentes de Constantinopla, san-

(2) Claudiano representa á Roma dirigiéndose á Horacio y exclamando:

*Inter Arintia fastus, et nomen herile,  
Servus erit...*

*Si nil privata movebunt,  
At tu principibus, nostræ tu prospice causæ,  
Regalesque avertit notas...*

*Contagia fascibus, oro,  
Defendas ignava tuis...*

*Nam quæ jam bella geramus  
Mollibus auspiciis? quæ jam connubia prolem,  
Vel frugem latæra sages? quid fertile terris,  
Quid plenum sterili possit sub consule nasci...  
Eunuchi si jura dabunt, legesque tenebunt,  
Ducant pensa viri.*

In Eutrop., I.

¡Elegantes sofismas!

cionando esplicitamente de este modo la separación de los dos imperios.

Entretanto Eutropio acumulaba enorme cantidad de riquezas, traficando con la justicia, los empleos, las provincias, y confiscando los bienes de aquellos contra quienes suscitaba acusadores. Según acontecía á todos los advenedizos, ajaban su vanidad los autores de su fortuna. Hizo pues que Abundancio, general y cónsul, saliera desterrado: Timasio, que había acreditado su denuedo contra los godos, fué perseguido como conspirador y enviado al África. Temiendo luego Eutropio el odio, que había merecido, obtuvo que decretara su soberano la pena de muerte contra cualquiera que atentara á la vida de uno de aquellos á quienes el emperador consideraba como parte de sí propio; lo cual estendió hasta lo infinito los crímenes de lesa magestad. Como también se aplicaba esta ley al caso de ofensas privadas, alentó á los agentes imperiales de inferior categoría á oprimir á aquellos á quienes no era lícita la resistencia. Además la amenaza no se atuvo únicamente á los actos; hizo-se extensiva á los pensamientos, á todo el que teniendo noticia de una tentativa culpable no la revelara, ó solicitara el perdón de un traidor. Con arreglo al ratiocinio del emperador los hijos hubieran debido ser de igual modo reos de muerte, atendido á que infundían sospechas de imitar á sus padres (3); pero la clemencia soberana les hacía gracia de la vida, si bien declarándoles incapaces de recibir herencias ó mandas, ni honores ó hacienda de ninguna especie. Así eran abandonados á la pobreza y al menosprecio, marcados con una infamia hereditaria, á fin de que contemplaran la vida como una calamidad y la muerte como un consuelo.

Esos inicuos edictos, que no olvidó la tiranía insertar en los códigos Teodosiano y Justiniano, suministraron posteriormente el modo de cubrir con cierto barniz de antigüedad respetable recientes injusticias, y fueron empleados en la moderna Europa para sofocar justos deseos y libertades racionales. Eutropio solo les debió un debilísimo socorro para retardar su ruina.

Los ostrogodos, á quienes Teodosio había acantonado en la Frigia, eran víctimas de la más ruidosa envidia, al ver como se enriquecían de tan imprevista manera los soldados de Alarico. Ofendido su jefe Tribigildo del frío recibimiento que se le había hecho en la corte de Constantinopla, los sublevó, llevándoles á saquear toda el Asia Menor. Resistiendo los habitantes de la Panfilia en su propio nombre á aquellos bárbaros, á quienes no oponía el imperio ejército ninguno, los pu-

(3) *Filii vero, quibus vitam imperatoria specialiter lenitate concedimus, paterno enim debent perire supplicio, in quibus patrum, hoc est hereditarii criminis exempla metuantur...* Cod. Teod., I, IX, 14, ad leg. Corn. de sicariis, l. III; Cod. Just., IX, 8, ad leg. Juliam maj., l. V.

sieron en derrota; pero reforzado Tribigildo con nuevas hordas tornó á aparecer formidable como nunca; hasta circulaba ya el rumor de que su intento era trasponer el Tauro é invadir la Siria, ó acaso armar una escuadra en los puertos de la Jonia y hacer destrozos á lo largo de las costas.

Eutropio, respetando como bárbaro á aquel á quien había vilipendiado como civilizado, trató de seducirle con promesas y regalos; pero todo fué rechazado. Entonces convocó un consejo de guerra, y puso á cargo del godo Gainas, autor del asesinato de Rufino, la defensa de la Tracia y del Helesponto. Leon, su favorito, sobrenombrado Ajax por su vigor extraordinario, fué investido con el mando de todas las fuerzas de Asia. Este Leon no juntaba ninguna habilidad militar á su personal bravura; y Tribigildo, que se hallaba cercado por los aldeanos de la Pisidia, acostumbrados á batirse aisladamente y diestros conocedores del terreno, y reducido de consiguiente al último apuro, cayó por sorpresa sobre Leon y le destruyó totalmente.

Gainas, que alimentaba hacia bastante tiempo disposiciones hostiles contra el eunuco favorito, en vez de atacar á Tribigildo, su deudo y compatriota, se entendía con él y exageraba el peligro para asustar á la corte, hasta el momento en que se declaró impotente en contra de tan formidables fuerzas. Tratóse, pues, de entrar en negociaciones con el bárbaro, quien por primera condición exigió la cabeza de Eutropio. Eudoxia, mujer de Arcadio, denunciando al eunuco como delincuente de haberla ultrajado, determinó al marido á pronunciar su sentencia, y todos los que durante cuatro años se habían visto precisados á guardar silencio aplaudieron unánimemente este acto.

**Caída de Eutropio, 399.**—En el momento en que Eutropio iba á ser detenido, viéndose desamparado de todos, se refugió dentro de un templo, asilo á que vanamente habían recurrido otros para guarecerse contra sus persecuciones. Juan Crisóstomo, á la sazón obispo de Constantinopla, subió al púlpito y pronunció delante de una inmensa muchedumbre de fieles una admirable homilía, para poner de manifiesto en el ministro caído la vanidad de las vanidades, y la nada de las grandezas humanas. Su especial intención propendía á inducir á los que habían sido ofendidos por el eunuco á perdonar á aquel hombre tan soberbio poco antes, y que en la actualidad abatido, pintado en su rostro el terror de la muerte, permanecía trémulo, balbuciente y encogido sobre la mesa del ara. «¿Dónde están ahora, decía á Eutropio, aquellos que te servían y cuidaban de abrirte paso por las calles? ¿Qué se hizo de aquellos que te encomiaban? Han huído y reniegan de tu amistad, y aun aspiran á salvarse á tu costa. No sucede lo mismo con nosotros: la Iglesia, á la cual hiciste guerra, se abre para darte amparo. Te han hecho traición los teatros á que tanta afición mostraste, en que invertiste tantos fondos, y por los cuales te irritaste tantas veces contra nosotros. Si me espreso en estos tér-

minos no es para hollar con mi planta á los que yacen por tierra, sino para sostener á los que se encuentran en pié todavía.»

Proponiéndose acto continuo mover á lástima á sus oyentes, añadía:—«¿Direis por ventura que obra suya es la abolición de este asilo? Pero también ha aprendido por escarmiento propio el mal que ha causado, puesto que deroga actualmente de hecho sus propias leyes, y su desgracia viene á ser una lección para todos. Parece el altar más terrible con este león sujeto á la cadena: es una imagen del príncipe que humilla bajo su planta á los bárbaros avasallados... ¿Hé ablandado vuestros corazones? ¿He estirpado de ellos todo vestigio de ira? ¿He excitado vuestra compasión? Me lisonjea creerlo; y me dan testimonio de ello la espresión de vuestros rostros y las lágrimas que resbalan por vuestras mejillas. Corramos, pues, juntos á los piés del emperador, y oremos al Dios de las misericordias, á fin de que conmueva su pecho y nos otorgue su perdón sin restricción de ninguna especie. Ya al saber que Eutropio había buscado refugio en el lugar santo, ha derramado lágrimas y ha calmado á los cortesanos que le escitaban á arrancarle la vida. ¿Os negareis acaso á otorgarle perdón?... ¿Cómo mereceréis vosotros que se os perdone, y como podéis acercaros á los santos misterios á pedir indulgencia para vuestros pecados? Oremos más bien á Dios para que libre á este desventurado y le conceda tiempo para purgar sus culpas.»

Hizo la religion que la causa de la humanidad prevaleciera; y Eutropio obtuvo promesa de la vida; pero como delincuente de haber deshonrado los nombres de cónsul y de patricio, fueron derribadas sus estatuas, confiscados sus bienes y se le desterró á la isla de Chipre (17 de enero). Nada de esto bastó á Eudoxia; antes bien hizo que fuera llamado otra vez á Calcedonia y que se le formara proceso. Declarado culpable de haber uncido á su carro los animales sagrados, reservados solo para el emperador (4), fué condenado á muerte bajo el sutilísimo pretexto de que la promesa de la vida no se extendía más allá de Constantinopla.

Ni aun con esto se dió Gainas por contento: habiéndose declarado en abierta rebeldía se incorporó á Tribigildo y avanzó en su compañía hasta el Helesponto y el Bósforo. Arcadio concibió tal susto al saber esta marcha, que se avino á tener con él una conferencia en la iglesia de Santa Eufemia, cerca de Calcedonia. Acordóse entre ellos que el emperador le entregaría las personas de Aureliano y de Saturnino, ministros consulares; como también la de Juan, secretario íntimo de Arcadio, y que los godos serian trasladados á Europa. Nombrado Gainas general de los ejércitos romanos, revestido con las insignias consulares, hizo su entrada en Constantinopla á la cabeza de sus

(4) Zósimo, V. Filostorgio, XI, 6.

tropas, y distribuyó á su albedrío honores y recompensas. Mandó que fueran llevados al suplicio los tres leales servidores del emperador, y en el momento en que el verdugo iba á descargar el golpe mortal sobre ellos, les puso en libertad. Quizá fué inducido á observar esta conducta por la súplica de Juan Crisóstomo, que vuelto entre sus ovejas, les decía: *Soy el padre común y me corresponde pensar, no solo en los que están en pié, sino también en los que caen. Por eso he permanecido durante algún tiempo ausente de vosotros, haciendo viajes; empleando tanto los consejos como las súplicas para libertar de la muerte á los principales del imperio.*

¡Circunstancias singularísimas aquellas en que un rey abandonaba á la venganza particular sus favoritos y los salvaba un sacerdote!

Entretanto al querer Gainas realizar la pretensión de poseer una iglesia donde los suyos pudieran celebrar con arreglo á los ritos arrianos, volvieron á empezar los debates borrascosos, todavía más escitados por el temor que inspiraba la mal disimulada codicia de los godos. Con efecto, llevaron estos su audacia hasta el punto de querer prender fuego al palacio imperial para saquear sus tesoros; pero sublevados los ciudadanos arrancaron la vida á siete mil de ellos, hicieron que fuera declarado enemigo público Gainas, y confiaron el mando del ejército á Fravita, godo cuya lealtad no se había desmentido. Gainas, que había logrado escaparse, no abrigó más pensamiento que el de tomar resuelta y señalada venganza; aunque encontrando en las plazas de la Tracia un obstáculo á sus rapiñas, y reducido con su ejército á una estremada escasez de víveres, se aventuró á atravesar el Helesponto en balsas construidas á toda prisa. A la mitad de la travesía le atacaron las galeras de Fravita allí apostadas, y puesto en derrota pensó Gainas con algunos pocos que le fueron fieles en recobrar la libertad huyendo á las nativas selvas. Después de pasar á cuchillo á los auxiliares, de quienes dudaba, se dirigió sin descargar un solo golpe hacia la Tracia, pero le salió al paso Uldino, rey de los hunos: empeñóse entre ambos un encarnizado combate, donde Gainas fué muerto y el vencedor envió (1.º de enero de 401) su cabeza á Constantinopla, que respiró al fin con desahogo.

**Juan Crisóstomo.**—Entonces pudieron reanudarse las intrigas de palacio, que en lo sucesivo vienen á ser el hecho más importante de su historia; y Eudoxia quedó árbitra de los consejos de su esposo, que dormía con los ojos abiertos. Como ya hemos dicho, el voto público había elevado á Juan Crisóstomo á la sede de Constantinopla, llamándole de la de Antioquia, ciudad poseída de amor hacia sus virtudes y su elocuencia; pero su encumbramiento había desagradado á todos los que con el oro y las intrigas ambicionaban tan alta dignidad. El atrevimiento con que anatematizaba el vicio, le había atraído la enemistad de aquellos cuya conciencia no estaba limpia, y especialmente de los magistrados, de los favoritos y de las da-

mas de corte, que podían creerse designados personalmente en la pintura dramática de los vicios. Los sacerdotes, á quienes había prohibido tener mujeres por domésticas; los monges, á quienes echaba en cara su existencia vagabunda y ociosa en Constantinopla; los obispos de su provincia, de los cuales había depuesto á trece, reprendiendo á los demás á consecuencia de la relajación de la disciplina, murmuraban contra el austero pastor que oponía al lujo y á la licencia una santidad irreprochable, un rigor monástico en sus costumbres y en su alimento, y aplicaba lo superfluo á los hospitales.

Teófilo, arzobispo de Antioquia, aquel cuyo immoderado celo produjo la ruina de tantas obras maestras, destruyendo el templo de Serapis en Alejandria, había tenido algunas disensiones personales con Crisóstomo, y veía con envidia á la iglesia de Constantinopla arrebatada á la suya el segundo lugar que había ocupado hasta entonces en el mundo cristiano. Apasionado contra los origenistas que en cambio se inclinaban más al Crisóstomo, púsose á la cabeza de los descontentos, y á instigación de la emperatriz, particularmente hostil á Crisóstomo por creerse aludida bajo el nombre de Jezabel en sus discursos, desembarcó en Constantinopla con una tropa de marinos egipcios y bastante número de obispos, á fin de ser sostenido con sufragios y con la fuerza, en un sínodo convocado en Calcedonia. Cuarenta y siete imputaciones fueron alegadas contra el santo; su insignificancia y su inverosimilitud las trasforman en un panegirico completo; mas como rehusara comparecer en medio de sus enemigos, fué declarado depuesto de la sede (403): el emperador mandó que le pusieran preso y le condujeran por las calles de la ciudad para trasladarle á la desembocadura del Euxino.

Al saber el pueblo tan imprevista y fatal nueva, quedó en un principio estupefacto, y levantándose luego furioso de cólera pasa á cuchillo á los marinos egipcios y á muchos monges, busca á Teófilo, que pudo á duras penas escaparse, y atribuyendo enseguida á la ira del cielo un temblor de tierra que se dejó sentir entonces, corre al palacio y manifiesta tal insistencia en sus deseos, que Eudoxia se ve en la precisión de conjurar á Arcadio para que salve á la ciudad y se salve á sí propio, llamando sin tardanza alguna al prelado. En su consecuencia regresa el Crisóstomo á los dos días en medio de una pompa espontánea y solemne, de empavesados buques, de palacios resplandecientes con luminarias, de un pueblo entero que le conduce á la catedral en triunfo.

—¿Qué haré? exclamaba desde el púlpito. ¿Qué diré? ¡Qué el Señor sea bendito! Estas palabras pronuncié á mi partida, las repito á mi vuelta, y hasta en el destierro las tenía constantemente en mis labios. Pienso que todavía hacéis memoria del momento en que os recordaba estas palabras de Job: *¡Sea bendito el nombre del Señor!* Os dejé

pronunciando estas palabras; con las mismas he rendido nuevamente gracias á Dios á mi vuelta. ¡Bendito sea el nombre del Señor en los siglos! Cambian los acontecimientos, pero su gloria siempre es una misma. Espulsado, le bendije, de vuelta le bendigo. Arrancan los caminos en distintas direcciones, y todos van á parar á un mismo punto. Tanto el verano como el invierno tienen un solo y mismo fin, la abundancia que sigue al cultivo de los campos: ¡Bendito sea el Señor que permitió que yo fuera expulsado! ¡Bendito sea el Señor á quien place que regrese! ¡Bendito sea Dios que desencadenó la tormenta! ¡Bendito sea Dios que ha calmado la tempestad y ha vuelto á desarrollar delante de nuestros ojos un cielo diáfano y sereno! Digo estas cosas para exhortaros á bendecirle constantemente. Si sobrevienen desgracias, bendecidle, y ellas se disiparán al punto.

«No nos han dañado las emboscadas, ni nos ha ofendido la envidia; al revés, han acrecentado la caridad y aumentado el número de nuestros oyentes. Primeramente fuí amado de los míos: desde ahora hasta por los judíos seré honrado. Se aspiraba á separarme de mis hijos, y hé aquí como ha acaecido que aun los extranjeros se muestran más benévolos respecto de mi persona. No daré por ello gracias á nadie, sino que glorificaré la misericordia de Dios que hace redundar en ventaja nuestra los más inicuos atentados. Crucificaron los judíos á Cristo, y su muerte ha salvado al género humano; sin embargo, no será á los judíos á quienes demos gracias, sino al que fué crucificado. Considerese todo el bien que nos ha resultado de la guerra que se nos ha hecho, y la alegría que nos han proporcionado los lazos que se nos han tendido. Antes se llenaba la iglesia, ahora la iglesia se forma en medio de las plazas, y todos juntos, cantando y alabando al Señor, atraéis sobre vosotros las miradas de su misericordia. Vuestras voces han penetrado en los tabernáculos del Altísimo, y todos los siglos venideros admirarán pasmados vuestras salmodias. Hoy cabalmente hay carrera de caballos, si bien pocos han asistido á ella, al paso que han venido todos á la iglesia. Vuestra muchedumbre ha venido como un torrente, como un río caudaloso. Vuestras voces ascienden al cielo, donde dan testimonio del amor que alimentáis hácia vuestro padre. Vuestras oraciones han cesado á mi frente una corona.

«Grande es la tribulación del cuerpo, si bien el alborozo del alma es mayor todavía. Permita el Señor que aumenteis en número continuamente, y que se celebren reuniones solemnes. La gloria del pastor es la muchedumbre de las ovejas.

«¿Qué haré? ¿Qué diré? No me queda terreno que no se haya cultivado para ser sembrado, es tiéndose las ramas de la vid á lo lejos: ya la asamblea está completa, y la pesca es tan abundante que se rompen mis redes. ¿Qué haré? Ya nada me queda á que pueda consagrar mi trabajo; solo gozar me toca. Si hablo no es porque

vosotros tengais necesidad de enseñanza, sino para mostraros mi corazón y para que se doren las espigas. Tantas ovejas, y nunca ha entrado en su redil el lobo; tantas espigas, y jamás se ha mezclado á ellas la zizaña; tantas cepas y nunca se han aproximado á sus ramas las zorras. ¿Dónde se han ocultado los lobos? ¿Dónde se han ido las zorras que se apresuraron á huir en pos de ellos? ¡Oh maravilla inaudita! Duerme el pastor y las ovejas han puesto en fuga á los hambrientos lobos; ellas han desvanecido como el humo la astucia de las zorras. ¡Oh virtud de este rebaño! ¡Oh acendrado amor de hijos! ¡Oh caridad de discípulos! ¡Oh amor de esposa! Cuando el esposo se hallaba ausente y á distancia ha ahuyentado de su lado los adulterios, y en este día ha ostentado todas sus riquezas y descubierto su hermosura. Se han marchado confusos los ladrones, y huyeron. Decidme ¿cómo perseguisteis á los lobos? ¿Cómo rechazasteis á los ladrones? Con el auxilio de frecuentes plegarias, me responde cada uno de vosotros. ¿Cómo habeis desechado los adulterios? suspirando por la vuelta del esposo y llorando su ausencia de continuo. Mi mano no ha recurrido á las armas, no ha blandido la lanza, ni ha empuñado el escudo: les he manifestado mi hermosura y atónitos emprendieron la fuga. ¿Dónde están ahora? Sumidos en la confusión sin duda. ¿Y nosotros? engolfados en la alegría. ¿Qué hacen? Sus conocimientos languidecen bajo el peso del pecado. ¿Y nosotros? Glorificamos al Señor llenos de alegría.»

Pero en tanto los enemigos de Crisóstomo estaban alerta, y él desde lo alto del púlpito no tenía miramientos á los vicios de las grandes damas, ni á los profanos honores tributados á la argentina estatua de la emperatriz, elevada sobre una columna de pórfido delante de la iglesia de Santa Sofía. Bien pronto, con razón ó sin ella, circula el rumor de que había empezado una homilia con estas palabras: *Herodias se enfurece nuevamente; Herodias baila otra vez y pide la cabeza de Juan*. Muéstrase la emperatriz aun más enconada; y como él había rehusado decididamente volver á ocupar su puesto hasta que la sentencia del primer sínodo fuera revocada por otro, Teófilo y Eudoxia se manejaron de manera que este confirmó la destitución. Un cuerpo de bárbaros, apostado á fin de precaver todo tumulto, se introdujo á viva fuerza la víspera de Pascuas en el templo de Santa Sofía, profanó los ritos del bautismo y arrolló á los fieles hácia el campo. El incendio, que estalló entonces en la catedral y en el Senado, se atribuyó por unos á castigo del cielo, por otros á la desesperación de los vencidos. Vanamente imploró Crisóstomo la gracia de ir á vivir tranquilamente á Cízico ó á Nicomedia: fué confinado á las altas cimas del Tauro en la Pequeña Armenia, donde arrastró los tres últimos años de su existencia.

La persecución comunicó nuevo brillo á su talento y á sus virtudes; pues, sin que le abatiera el destierro, mantenía viva la fé entre los creyentes,

combatía la herejía y los restos del paganismo y protestaba contra la injusta persecución, apelando de un sínodo parcial á uno general. Rescataba á los cautivos hechos por los isaurios, socorría á los pobres, enseñaba á los que tenían necesidad de doctrina. De todas partes le enviaban subsidios los prelados, acudían á visitarle nobles matronas; y cuando se leen las cartas escritas por el ilustre desterrado para consolar, exhortar, dirigir á los cristianos, se comprende que en el momento en que el poder de los césares caía hecho polvo, el que abría la senda del porvenir iba consolidándose.

Tanta firmeza desconcertaba á sus perseguidores, quienes, no pudiendo humillar su espíritu, le amenazaron en su cuerpo, y ordenaron en nombre de Arcadio su traslación al desierto de Pitonto. Quizá órdenes superiores le valieron sin duda las vejaciones que tuvo que sufrir en un viaje de tres meses, espuesto á la lluvia y al sol, sin que le fuera permitido siquiera tomar un baño. Sucumbió al fin en Comana, en el Ponto, á la edad de sesenta años.

No se prolongó mucho respecto de su memoria la triste reparación que una justicia tardía trae consigo. Su santidad universalmente reconocida valió á sus despojos la honorífica distinción de ser trasladados en triunfo á Constantinopla, al compás de una infinidad de instrumentos, en medio de un magnífico aparato y del pueblo entero que veneraba á la vez en el que ya no existía, al santo y á uno de los más ilustres escritores de la Iglesia.

Eudoxia no sobrevivió al destierro del santo obispo, y dejó tan mala fama de su conducta, que se suscitaron dudas acerca de la legitimidad de un hijo (5) suyo, que fué condecorado en la cuna con los títulos de César y de Augusto.

**Muerte de Arcadio.**—También Arcadio terminó su existencia al poco tiempo (408), después de un reinado de trece años, que dejó pasar como un juguete de una mano á otra, y que fué perturbado, además de las guerras y de las rebeliones por plagas naturales. Cuéntase que, inquieto al fin de sus días por la suerte de Teodosio, á quien dejaba niño de ocho años, le recomendó á la protección de Isdegerdes, rey de Persia, de cuya actividad todo debía temerle, y de cuya magnanimidad todo debía esperarle (6).

Algun tanto se agitó Honorio para alcanzar la tutela de su sobrino; pero muy en breve volvió á caer en su natural apatía; y según acontece comúnmente con los príncipes niños ó incapaces, los principales magistrados del imperio de Oriente pusieron mano en el gobierno, que dirigieron á su antojo y en perfecta consonancia de sus intereses. Por último aquella oligarquía se resignó á que prevaleciera el prefecto Antemio, capitán valeroso,

(5) ZÓSIMO, V.

(6) PROCOPIO, *De bello persico*, I, 2. AGATIA, IV. Pero este hecho parece improbable.

político habil, cristiano ferviente, quien se esforzó por hermanar la gloria del príncipe con la felicidad de sus súbditos.

Ya en tiempo de Arcadio habian devastado los isaurios gran número de provincias; y á pesar de quedar siempre vencidos, jamás habian sido exterminados. Entonces comenzaron los moros á hacer incursiones en la Pentápolis africana, y los árabes en Egipto, en Palestina, en la Fenicia y en la Siria, robando á mansalva: si se marchaba contra ellos, se dispersaban y emprendian la fuga. Para conjurar Antemio el peligro que columbraba, hizo poner en estado de defensa las fortalezas de la Iliria, y después rodear á Constantinopla con nuevas murallas de treinta millas de circuito. También pensó en establecer en el Danubio una escuadra permanente de doscientos cincuenta buques de guerra (7). Uldino, rey de los hunos, acampado en el corazón de Tracia, decia señalando al sol, que las conquistas de su nación no tendrían más límites que la carrera de aquel astro; pero empleó Antemio tanta destreza en segregarse de sus filas á todos sus aliados, que no quedándole casi más que su gente, tuvo necesidad de pasar otra vez el Danubio; y hechos prisioneros muchos de los hunos fueron á cultivar las despobladas campiñas del Asia.

**Pulqueria, 414.**—Apenas hubo cumplido diez y seis años Pulqueria, hermana mayor del joven Teodosio, cuando Antemio le cedió la administración del imperio, que rigió por espacio de ocho lustros. Consagró su virginidad á Dios de la misma manera que sus otras dos hermanas. En testimonio de este voto ofreció á la iglesia de Constantinopla una mesa de altar de trabajo tan maravilloso como era preciosa la materia, y convirtió su palacio en una especie de monasterio, donde no entraba ningún hombre á escepcion de los directores espirituales de las princesas. Allí, imponiéndose las tres hermanas rigurosos ayunos, empleaban el día en bordar y una parte de la noche en entonar salmos. Habian renunciado á las vanidades de la corte y del lujo, y hacian consistir toda su magnificencia en abrir asilos á los peregrinos y á los enfermos, en hacer á las sociedades monásticas espléndidos donativos, en erigir suntuosas iglesias á las reliquias de los santos, que hacian recoger con solícito esmero.

Así, pues, una mitad del imperio se hallaba á la sazón gobernada por una monja, si bien la sencilla doncella era más merecedora de aquella categoría suprema que sus tíos y su hermano. Versada en el griego y latin, trataba los negocios de viva voz ó por escrito. No procediendo en nada sin una reflexión madura, era pronta y enérgica en la ejecución, y supo gobernar de manera que ninguna rebelión perturbó el reinado de Teodosio II, á quien dejaba

(7) *Cod. Teod.*, VII, 17; XV, 2.

toda la gloria de una administración vigorosa á la vez que suave.

Pulqueria puso á cargo de los más acreditados maestros la instrucción de su joven hermano en los diferentes ramos de la ciencia, reservándose el cuidado de adiestrarle en el arte de reinar y en la inocencia de la vida; de enseñarle á sostener dignamente la magestad imperial con aquellas formas exteriores que ya entonces se juzgaban indispensables; mostrar un decoroso continente; saberse dominar á sí propio; preguntar y responder bagatelas, solo cuando la necesidad lo exigía; no reirse nunca; presentar alternativamente un rostro austero y sereno. Pero el régio niño se complacía en la ociosidad, patrimonio de los que nacen bajo la púrpura. Devoto hasta el exceso ayunaba rigurosamente, recitaba en voz baja los salmos como un monje, en compañía de sus hermanas. Su biblioteca no se componía más que de libros santos y de sus intérpretes. Un monge, á quien habia negado una gracia, fulminó la excomunión sobre su cabeza, y aun cuando le aseguró el obispo que aquel anatema arbitrario quedaba sin efecto, Teodosio se abstuvo de sentarse á la mesa hasta que fué hallado el monje y revocó la sentencia.

Estos sentimientos le indujeron á escluir á los paganos de todos los empleos civiles y militares (8). Depuso á Gamaliel (435), que fué el último gran sacerdote de los hebreos (9), administrados de allí en adelante por los primados elegidos en las asambleas provinciales: por último ordenó que todos los templos y lugares consagrados á los dioses fueran destruidos hasta sus cimientos, haciendo levantar cruces donde habian tenido asiento, y prohibiendo toda ceremonia pagana bajo pena de muerte. Pero prohibió que se quitaran á los judíos sus sinagogas y se les despojara de sus ornamentos, como también usar de violencias contra ellos y los paganos, en tanto que permanecieran en sosiego, y de arrebatarles cosa alguna bajo pena de restituir el cuádruplo (10).

Era además temperante, casto y compasivo. A instigación de Pulqueria alejó de la corte al eunuco Antioco, que gozaba de inmensa nombradía, y perdonó á los deudores del fisco todos sus atrasos desde el año 368 hasta el 407 (11). Solía perdonar la vida á los delincuentes, diciendo que «es sumamente fácil dar muerte á un hombre, y solo Dios puede resucitarle.»

Hubiera sido de desear que á sus virtudes hubieran acompañado actividad y celo en favor de la justicia. Pero convencido Teodosio de que habia quien le supliera en el cuidado de los negocios, no hacia nada ó cosas frívolas, ocupándose á veces en

(8) *Cod. Teod.*, XVI, 10, l. 11.

(9) *Idem*, VI, 8, l. XXII.

(10) *Cod. Teod.*, de *hæret.*, de *Judeis*, de *Christiani*, ne *paganis*, etc.

(11) *Cod. Teod.*, XI, 28.

la caza, más amenudo en la pintura, en el grabado, y especialmente en la copia de libros, lo cual le valió el sobrenombre de Calígrafo. Si se le presentaban peticiones, las transmitía á manos de otros; si se le consultaban decretos, los firmaba sin leer. Intentando Pulqueria corregirlo de aquella deplorable indolencia, le hizo estampar un día su firma al pié de un acto por el cual la emperatriz le era cedida en calidad de esclava; cuando ella le hubo advertido de su desacierto, se mostró sonrojado, si bien no se enmendó.

Habia tenido el sofista ateniense Leoncio una hija, educada por él mismo en la religion y en la sabiduría griega. Observando que ella habia sacado gran provecho de sus lecciones, dejó al morir todo cuanto poseía á sus hijos, y á ella solamente cien monedas de oro, diciendo: *Con tanta hermosura y tan insigne mérito no puede menos de ser venturosa su suerte.* Perseguida Atenaida, este era su nombre, por la codicia de sus hermanos, se dirigió á Constantinopla á fin de implorar la protección de Pulqueria; este fué el origen de su fortuna. Habiendo aprendido Pulqueria á conocerla, se persuadió de que aquella era la mujer que convenia á Teodosio, aunque ya habia cumplido veinte y ocho años. Celebróse el matrimonio; Atenaida recibió en las sagradas fuentes el nombre de Eudoxia (421), y fué saludada con el título de Augusta luego que hubo dado á luz una hija. Entonces llamó á la corte á sus ingratos hermanos, é hizo que se les nombrara cónsules y prefectos. No por haber mudado completamente de condicion quiso abandonar sus estudios; compuso una paráfrasis poética del Antiguo Testamento, la leyenda de San Cipriano, un panegírico á Teodosio por las victorias persas, y especialmente un poema de dos mil trescientos cuarenta y tres versos exámetros sobre la vida de Jesucristo, centon de hemistiquios tomados de Homero (*Ὅμηροποιησις*); obra extravagante y amoldada al gusto del tiempo. Pero ¡qué conocimiento tan práctico era necesario poseer de la Iliada y de la Odisea para encontrar oportunamente en su memoria y bajo su pluma las frases que debian acomodarse á una significación tan diferente del pensamiento primitivo! ¡Qué paciencia tan inútilmente empleada!

En una peregrinación que hizo á Tierra Santa con no menos piedad que magnificencia, prodigó mucho más dinero del que habia prodigado tiempos antes la emperatriz Elena (12) y recogió allí infinidad de reliquias. Antioquia la oyó pronunciar desde lo alto de un espléndido trono una arenga en el seno del senado, y manifestar la intención de ensanchar los muros de la ciudad y de reparar los baños públicos, lo cual dió margen á que se le erigieran magníficas estatuas.

De vuelta en Constantinopla hubo apariencias de que pensara en aprovecharse de la ternura que

le profesaba Teodosio, para ser Augusta de hecho y no solamente en el nombre; pero Pulqueria concibió celos y la hizo caer en un lazo. Cuéntase que habiendo recibido Teodosio una manzana de extraordinario tamaño, se la regaló á Eudoxia, la cual obsequió con ella á Paulino, cortesano de cuya conversacion amena é instructiva gustaba mucho. Ignorante Paulino acerca del origen de aquel regalo, que le parecia digno de un monarca, se le presentó á su vez á Teodosio. Este disimuló en un principio su cólera y sus celos, y llamó á Eudoxia, preguntándole qué habia hecho de la fruta que le habia dado. Como respondiera que se la habia comido y la confundiera mostrándosela, hizo morir inmediatamente á Paulino, y ella cayó en su desgracia. Retiróse á Jerusalem, donde no encontró reposo ni olvido. Habiendo sido encargado Saturnino, conde de los domésticos, de hacer desaparecer á dos eclesiásticos, á quienes ella profesaba un vivo afecto, Eudoxia se le anticipó disponiendo que fuera asesinado, y Teodosio en castigo la degradó vergonzosamente. Diez y seis años vivió en su destierro, sin cesar de dedicarse á la devoción y al estudio, y murió en Jerusalem (460), á la edad de sesenta y siete años, protestando de su inocencia y de la de Paulino.

**Guerras de Persia.**—Ardeschir II habia sucedido en el trono de Persia á Sapor II, que habia combatido contra Juliano; luego habian seguido Sapor III, el cual se mantuvo en paz con Teodosio I (399) y Varanes III, que fué muerto, al estallar una conjura. Este último dejó la diadema á Isdegerdes, uno de los más insignes reyes de la Persia, quien persiguió á los cristianos, porque el obispo Abdas habia destruido un templo del fuego en Suza. Kersas (420) le usurpó el trono; pero Varanes IV, hijo del monarca desposeido, recuperó con auxilio de los árabes la herencia de su padre. Habiéndole impulsado asimismo los magos á la persecucion, se refugiaron cristianos en gran número á Constantinopla, donde el obispo Atico les hizo una benévola acogida; y como fueran reclamados por el embajador persa, hubo de responder el emperador generosamente: *Será necesario arrancarlos de mis brazos.* Entonces se fomentó la mala inteligencia entre ambos imperios, cuyas relaciones eran ya casi hostiles, en razon de que los persas se habian negado á entregar ciertos obreros empleados por ellos en las minas de oro, y á causa de insultos dirigidos á negociantes romanos. Estalló, pues, la guerra (422), y Teodosio confió el mando del ejército á Ardabario, alano, quien habiendo pasado el Tigris, devastó el Adiabene y alcanzó una victoria completa sobre Narses (3 de setiembre), general que le opuso Varanes (13), y le obligó á encerrarse en Nisibe.

(12) Guenee ha calculado la suma en veinte mil cuatrocientas ochenta y ocho libras de oro.

(13) Sócrates cuenta (VII, 19), que la noticia fué llevada en tres dias á Constantinopla, distante setecientas millas del campo de batalla, por un tal Paladio, correo fa-

Por aquel tiempo llegaron en ayuda de los persas innumerables bandas de árabes á las órdenes de Alamundar, célebre chaïque, que se jactaba de tomar á Antioquia, cuanto más de vencer á los asediadores de Nisibe, pero poco después huyeron (423) con su agilidad ordinaria. Por lo que hace á los romanos, destruyeron totalmente á los diez mil guerreros escogidos y denominados los inmortales. Mucho debió humillarse con tales reveses la soberbia de Varanes, y celebró la paz por término de cien años, comprometiéndose, y esta era la principal condicion de las pactadas, á no perseguir más á los cristianos. Es probable que le dispusiera favorablemente hácia ellos Acacio, obispo de Amida, quien le habia remitido siete mil prisioneros persas, rescatados al precio de los vasos de su iglesia. Habia querido el prelado dar á entender al menarca cuan generosos sentimientos inspiraba la religion, á cuya persecucion se habia dedicado.

**Armenia.**—Ya hemos dicho (pág. 427) que la Armenia habia sacudido el yugo de los persas; los nobles rechazaban la autoridad de los Sasánidas por la fuerza de las armas, al mismo tiempo que la comunidad de religion hacia que el pueblo se adheriera á los príncipes de Constantinopla. A pesar de todo, nunca supieron permanecer unidos entre sí los armenios, y cada vez se consolidó más fuertemente su division en orientales y occidentales. Aquellos que hacian uso de la lengua y de la escritura de Grecia en los oficios de la religion, prestaban obediencia á Arsaces, y tributaban homenaje á Arcadio, á la par que los orientales, más numerosos, eran mandados por Cosroes, vasallo de la Persia.

Pero Arsaces, sobrino y sucesor de Cosroes, descontentó á los magnates, quienes le acusaron de conspirador ante el rey de Persia, por lo cual este le declaró solemnemente depuesto. De este modo por sus disensiones cesaron de tener monarcas independientes, después de haber reinado durante un período de quinientos sesenta años, la familia de Arsaces, se vió reducida á una posicion secundaria, y sus Estados fueron solamente una provincia que llevó el nombre de Persarmenia. La porcion de territorio que habia sido de la pertenencia de Arsaces, fué cedida al emperador de Oriente, á fin de apaciguar sus temores, y gobernada en calidad de tributaria por un conde de Armenia.

Los magos trataron entonces de sustituir al cristianismo el culto del fuego; pero cuanto más feroz é hipócrita se obstinaba Isdegerdes II en perseguir á los cristianos, tanto más descubiertamente practicaban estos su culto, y los obispos armenios, reunidos en concilio en Artaxata, protestaron re-

moso, de quien se decia que habia encontrado la manera de reducir á un pequeño Estado el imperio de Roma. Hoy lo decimos con más acierto acerca de las locomotoras y barcos de vapor.

futando las razones de los magos, que apoyados no obstante en la fuerza, elevaron piras en todas partes. Entonces los obispos, asustados por el peligro que corrian la religion y la nacionalidad, llamaron á las armas á los ciudadanos (450); pero los príncipes no se mostraron tan resueltos como la nacion. Esta invocó el auxilio de Teodosio el joven; pero á su muerte Marciano renovó la alianza con el rey de Persia, con lo que no les quedó á los armenios esperanza de humano auxilio. No obstante combatieron como héroes y vencieron algunas veces; pero el 2 de junio del año 451 se dió una batalla en la llanura de Avarair, en la que vencieron los persas, á consecuencia de la cual los mártires se multiplicaron (14).

Antes de que estos sucesos llegaran á consumarse del todo, habia exhalado Honorio el último aliento, tomando en su consecuencia Teodosio el título de emperador de Occidente. Pero Juan, primiciero, ó mejor dicho, primer secretario del difunto príncipe, habia ya hecho que le proclamaran augusto la Italia, la Galia y la Dalmacia, y habia despachado embajadores cerca de Teodosio, para pedir que le reconociera por colega. Sus enviados fueron espulsados ignominiosamente, y se confió el cuidado de castigar al usurpador á Ardabaurio, y á Aspar, su hijo. Condujo el primero por mar la infanteria, al mismo tiempo que se adelantó el otro con la caballeria por las montañas, apoderándose de Aquilea. Una tempestad dispersó la escuadra y Ardabaurio, caído en poder del enemigo, fué trasladado á Rávena. En vez de abatirse, se ocupó en proporcionar inteligencias con la guarnicion de la plaza, y cuando tuvo bien urdida la trama, hizo que se avisara á Aspar (423), quien atravesando, sino por milagro, los pantanos del Pó, sorprendió á Rávena. Después de una corta resistencia abrió la ciudad sus puertas. Cayendo Juan á su vez en manos de su prisionero, fué condenado á perder la mano derecha, y llevado en un pollino entre los ahullidos del populacho, se le decapitó en el circo de Aquilea.

**Valentiniano III.**—A la sazón se hallaba Teodosio dueño de todo el imperio: si bien ya fuera por moderacion, ya por indolencia, cedió el Occidente á su sobrino Valentiniano, hijo de Constancio y de Placidia, segregando únicamente de los Estados del nuevo emperador la Iliria occidental, talada por los bárbaros. Con el objeto de separar más todavía los dos imperios, quedó acordado que en lo sucesivo no prestara obediencia cada uno de ellos más que á las leyes emanadas de su propio soberano.

Condecorado Valentiniano III con el título de augusto, esposo de Licinia Eudoxia, hija de Teo-

(14) La sublevacion de la Armenia cristiana contra las leyes de Zoroastro ha sido descrita por el armenio Eusebio Vartabed, y traducida por el abate Gregorio Garabed.

dosio II, y soberano de la mitad del mundo, cuando apenas habia cumplido la temprana edad de seis años, fué confiado á la tutela de su madre, de modo que los dos imperios cuando más necesitaban de vigor, se encontraban en manos de dos mujeres. Inferior Placidia tanto en habilidad como en virtudes á sus dos cuñadas de la corte de Oriente, gobernó á su hijo por espacio de veinte y cinco años, quizá esmerándose en enervarle de intento con una educacion muelle, y apartándole de este modo de las varoniles ocupaciones. Sin embargo, ella misma no tenia la mano suficientemente robusta para dirigir las riendas del Estado, y tampoco sabia confiárselas á otros, si bien todavia encontró dos generales de acreditado denuedo, llamados Aecio y Bonifacio.

**Aecio.**—Habia nacido el primero en la Mesia Inferior, de una italiana casada con el escita Gaudencio, general de la caballeria, ingresado en sus más juveniles años en la carrera de las armas, habia aprendido á conocer á los bárbaros, como guerrero y como prisionero entre ellos. Bonifacio se habia ya señalado en la administracion de las provincias y en los campamentos, y después de haber conseguido recuperar el Africa, fué nombrado gobernador de ella. Su justicia incorruptible y su probidad inmaculada le habian grangeado el cariño y el respeto del pueblo y de las tropas, y su piedad le habia valido la estimacion de San Agustin y de los cristianos. La pérdida de su esposa le afectó hasta el punto de inspirarle la idea de hacerse monge; y apartándole el mismo San Agustin de este pensamiento, se unió en segundas nupcias con una arriana.

Sin duda la armonia de estos dos generales hubiera bastado, ya que no á comunicar nueva vida al imperio, á lo menos á sustentarlo por algun tiempo, y al revés su enemistad le dió el golpe de gracia. Durante las últimas turbulencias Bonifacio habia permanecido fiel á Valentiniano, á la par que Aecio habia prestado apoyo al usurpador Juan, á cuyo servicio habia llevado sesenta mil hunos. Perdida su causa se vió halagado Aecio por miedo; y crecia cada vez más cerca de la emperatriz su privanza, de cuyas resultas concibió el proyecto de encumbrarse sobre las ruinas de Bonifacio. A fin de lograr su intento, sugiere á Placidia reemplazarle con él en el gobierno de Africa, y al mismo tiempo dispone que se comunique á Bonifacio el secreto aviso de que se halla espuesto á pagar su obediencia con la cabeza. Este empuña, pues, las armas en vez de deponer el mando; y declarado rebelde por Placidia, se afirma más y más en las sospechas que le ha inspirado el pérfido ministro.

Una vez en estado de rebelion abierta y reconociendo Bonifacio la imposibilidad de rechazar á tropas regulares con algunas bandas africanas, invitó á Genserico, rey de los vándalos, hijo de Godegisilo, á cruzar el mar (429), prometiendo ayudarle á adquirir en Africa estables posesiones.

**Vándalos en España.**—Aunque después de la partida de los godos habian recuperado los romanos gran parte de la España, por lo que hace á los vándalos, conservaron la Galicia, desde donde se arrojaron sobre la Bética; y habiéndose apoderado de Sevilla y de Cartagena, apresaron allí los buques de que hicieron uso para invadir las islas Baleares, donde habian buscado albergue los españoles fugitivos.

**Genserico.**—Oído fué con alborozo el llamamiento de Bonifacio por Genserico, hombre de pobre estatura, cojo á consecuencia de una caída del caballo, si bien reflexivo, lento en la conversacion, menospreciador del lujo, irascible y avariento de riquezas y litigios (15). Después de haber derrotado completamente á los suevos, sus rivales en España, hizo pasar su gente al Africa á bordo de navas suministradas con singular presteza por los españoles y por Bonifacio. Condujo á aquella region muy cerca de cincuenta mil hombres, que se aumentaron acto continuo con todos los descontentos y con los moros vagabundos que acudieron desde lo integro del territorio, donde los tenia á raya el miedo á Roma. Gran número de donatistas, á quien habian condenado los concilios, dañándoles en sus personas y en sus propiedades reiterados edictos de los emperadores, se habian arrojado sobre los campos, renovando allí los horrores y la desesperacion de los circunceliones: uniéronse todos al rey bárbaro, enemigo de los católicos, y contribuyeron en gran manera á la segregacion de Africa del imperio.

Agustin empleó su autoridad de obispo y de amigo para apartar á Bonifacio del designio de satisfacer una insensata venganza: «¿Quién hubiera podido imaginar, cuando Bonifacio ocupaba esta provincia con tan numeroso ejército y poder tanto, que habian de tener los bárbaros la audacia de adelantarse rápidamente para desolar tan inmenso espacio, y dejar desiertos tantos lugares habitados?... No te dejes arrastrar por la tentacion de convertirte en uno de los azotes, con cuyo auxilio hiere Dios á aquellos que son merecedores de castigos. Medita en que ha reservado penas eternas para los perversos, después de haberlos empleado en imponer penas temporales. Vuelve hácia Dios tu pensamiento; contempla á Cristo, que hizo tantos bienes y padeció tantos males. Aquellos que aspiran á entrar en su reino, aman á sus enemigos, hacen beneficios á los que les profesan aborrecimiento, oran por los que les abruma con persecuciones. Si has recibido beneficios del imperio romano, aunque terrestres y caducos, porque nadie puede dar lo que no tiene, no devuelvas mal por bien: si por el contrario recibiste injusticias, no devuelvas mal por mal. No quiero indagar la verdad entre dos asertos sobre los cuales no podria juzgar de ningun modo; dirigiéndome á un

(15) JORNANDES, *De rebus geticis*, c. 33.

cristiano le digo: No devuelvas mal por bien, ni mal por mal.»

Sin embargo, durante la ausencia de Aecio acometieron los amigos de Bonifacio la empresa de restablecer la concordia, y descubrieron el fraude de las cartas escritas por el primero. En su consecuencia Bonifacio se puso en camino para ponerse á la merced de Placidia, y volvió á entrar en sus deberes Cartago con todas las guarniciones romanas; pero ya estaba descargado el golpe, y por muy grandes sumas que ofreciera el general, desengañado de su error, á Genserico, para inducirle á que evacuara el Africa, éste no hizo caso alguno de semejantes ofertas; y continuó en aquel país, no ya en clase de auxiliar, sino de devastador y soberano. Después de haber derrotado á Bonifacio que le combatía con todo el valor del arrepentido (430), inundó la campiña, defendiéndose únicamente Cartago, Cirta é Hipona. Las siete provincias, que por su fertilidad habían adquirido el nombre de granero de Roma y del género humano, fueron taladas por los bárbaros con un furor indecible. Llevando por donde quiera la matanza sin distinción de edades ni condiciones, arrancaban de cuajo las viñas y los olivos; y si el terror no lo ha exagerado, llevaron su atrocidad hasta el extremo de degollar á los prisioneros al pié de los muros de las ciudades sitiadas con el fin de infestar la atmósfera.

Testigo de esta guerra esterminadora Agustín, que tenía entonces setenta y seis años, exhortaba al valor y á la caridad, siendo el primero en dar ejemplo. Escribía á los obispos pintándoles los males de la patria, para recomendarles que no abandonen sus diócesis á la aproximación del enemigo, á menos que no fuera con el pueblo y después del pueblo; que se hallen presentes en aquel último momento del peligro cuando la muchedumbre se refugie en la Iglesia para solicitar unos el bautismo, otros la penitencia y todos el consuelo y los auxilios celestes. Si alguno de ellos disfrazaba su egoísmo y su espanto bajo el pretexto de conservarse para el resto del pueblo, le decía: «¿Por qué suponer que en un peligro común y bajo el hierro del enemigo han de perecer todos los sacerdotes y no los seglares, en vez de esperar que sobrevivirán algunos seglares y algunos sacerdotes para prestarles socorros? Pero si debe suscitarse discusión entre los ministros de Dios con el fin de averiguar quien ha de huir y quien ha de quedarse, para que la Iglesia no se halle enteramente desierta por la fuga ó por la muerte de todos sus sacerdotes, conviene transigir esta dificultad por la suerte que designará los que pueden huir y los que deben quedarse.»

Tampoco abandonó Agustín á Hipona; y cuando Bonifacio se refugió dentro de su recinto, respetaron los vándalos aquella ciudad por respeto al santo prelado, que predicaba el arrepentimiento y escitaba á la defensa: entregó á Dios su alma en aquellos días de peligro, sin haber asistido al postrer suspiro de la civilización africana.

Esta ciudad, uno de los muchos focos del comercio y de la cultura intelectual del Africa, estaba asentada sobre la cumbre de dos colinas pobladas de teatros, palacios, escuelas, iglesias, monasterios. En la cima de una de ellas se alzaba la suntuosa morada de los antiguos reyes de Numidia. A la mitad de la ladera y hacia el levante un edificio cuadrangular, construido por San Agustín para los desvalidos y los enfermos, estaba apoyado sobre siete hileras de anchas bóvedas, inmensos receptáculos de aguas pluviales que podían ser abiertos, si la necesidad lo exigía, y suministrar un poderoso medio de defensa. Hipona sostuvo un asedio de catorce meses. Conociendo Placidia toda la importancia del Africa, pidió socorros al emperador de Oriente, quien envió á Aspar al frente de un ejército numeroso; pero aquel aumento de fuerzas sirvió tan solo para que fuera más desastrosa la derrota que los moros hicieron sufrir á los romanos.

Bonifacio huyó en el colmo de la desesperación de aquella tierra, sobre la cual había atraído tal cúmulo de males. Cuando llegó á Ravena fué allí benévolamente recibido por Placidia, que le confirió el título de patricio y de general de los ejércitos romanos. Aecio, á quien no había hecho perder ni un ápice de crédito su descubierta perfidia, poseído de despecho en vista de los honores conferidos á aquel cuya pérdida había intentado, y considerándolos como un ultraje á su persona, corrió á la cabeza de un numeroso ejército de bárbaros (432), y acometió á su rival á mano armada; hasta tal punto había decaído la autoridad imperial por aquel tiempo. Bonifacio llevó la mejor parte de la pelea, si bien espiró poco después de resultados de una herida que había recibido, perdonando á Aecio, y dando á su esposa, cuyas riquezas eran considerables, el consejo de contraer con él segundas nupcias. Satisfecho Aecio de haberse vengado, se retiró á la Panonia, en medio de los hunos, con quienes no había cesado de mantener continuas relaciones, pérdidas acaso: asegurado posteriormente de su perdón tornó á la corte, y no pudiendo la emperatriz cortar la mano que besaba, le encumbró á la categoría de patricio.

Agotada y esquilada el Africa quedó sin más defensa que la de sus ciudadanos, diezados por tan repetidos desastres. Inquieto Genserico por las pretensiones de sus sobrinos que le disputaban el mando, acabó por disponer que fueran ahogados con su madre. Urdiéronse muchas conspiraciones á fin de tomar venganza de tamaño desafuero ó para elevar á otros ambiciosos; pero Genserico las sofocó todas en medio de torrentes de sangre. Entretanto los moros, los donatistas, los católicos, los nómadas, que divididos por una enemistad agitada, no podían lograr la espulsion del rey vándalo, ni tampoco le dejaban consolidar allí su poderio. Poniendo alternativamente en juego el valor y la perfidia, Genserico indujo al emperador á que le otorgara la paz, prometiéndole un tributo cada año

y dándole en calidad de rehenes su hijo Hunerico; pero no tardó en verle á su lado de vuelta y cayó de improviso sobre Cartago (11 de febrero de 435).

Esta ciudad, que se había levantado nuevamente sobre sus ruinas, maldecidas en vano por Escipion, rivalizaba en magnificencia y en riqueza con Antioquia y Alejandria: habíase hecho respetar de toda el Africa su senado, defendiendo la libertad municipal contra la autoridad del procónsul romano. Había vuelto á ostentarse allí floreciente el comercio, hasta el punto que era posible en una ciudad sometida; y los extranjeros, que acudían en tropel á su recinto, admiraban sus palacios, sus plazas, los templos suntuosos que ornaban la calle Celeste, el mármol y el oro con que resplandecía la de los Banqueros. Representábanse en sus teatros las obras maestras de las literaturas griega y latina, enseñábanse la elocuencia y la filosofía en numerosas escuelas. Había llegado la patria de Anibal á rivalizar con la de Escipion en sabiduría (16), y se le adjudicaba el título de Musa de Africa, por el ardor con que se aplicaban allí los talentos al estudio: agrupábase la apiñada muchedumbre en la plaza pública para oír á los retóricos ó á los sofistas, á quienes atraía el deseo de merecer las alabanzas de la sabia ciudad (17).

Genserico se apoderó de ella el día 13 de octubre del año 439, y la abandonó al principio á la rapacidad de sus soldados: luego acabó de despojarla haciendo que le llevaran todo cuanto había quedado de joyas y de objetos de algun precio. Allí estableció su residencia, y acantonó cuerdaamente en las inmediaciones un cuerpo de vándalos, compuesto en su totalidad de ochenta destacamentos, y contando cada uno de ellos cien hombres con su correspondiente jefe. Fueron demolidas sin demora todas las fortificaciones, para que no suministraran un asilo á los naturales. Dispuso también que se distribuyeran entre sus soldados las mejores tierras de que se había enseñoreado en la Bizacena, en la Getulia, en la Numidia, desde Trípoli hasta Tanger; y los antiguos propietarios fueron reducidos á la servidumbre, ó abrumados

con enormes cargas, cuando no convino al vencedor desposeerlos inmediatamente de su hacienda.

Ninguna otra invasión podía ser tan perjudicial á la Italia, porque los senadores perdían allí sus ricos patrimonios, el fisco, la inmensa herencia de Gildon, la muchedumbre, los subsidios en grano y en aceite que de aquel país sacaba. Tenían de consiguiente los emperadores especial empeño en recuperar aquella provincia; pero Genserico, tan astuto como valeroso, opuso mil trabas á cada una de sus expediciones; y poniéndose al frente de una escuadra, que traía á la memoria los mejores tiempos de Cartago, invadió también la Sicilia, se apoderó de Palermo, y desembarcó muchas veces en las costas de la Lucania.

Los desastres, á que Africa tuvo que someterse, superaron en mucho á todos los de las demás provincias; porque además de la ferocidad de los vándalos, y refrenadas correrías de los moros, Genserico prosiguió, aun después de haber celebrado una paz aparente con el imperio, suscitándole enemigos, á fin de no ser molestado en su dominación mal asegurada; á mayor abundamiento juntaba á la crueldad del bárbaro la sutileza del teólogo y pretendía violentar la fé de los católicos. Muchos de ellos se vieron de consiguiente obligados á espatriarse, y se diseminaron por la Italia y el Oriente, donde movía á viva compasión su miseria, infundiendo terror hacia aquella gente implacable.

En medio de la desolación común han sido señalados algunos infortunios particulares. Celestiano, senador opulento, quedó reducido con su familia y sus servidores á mendigar la subsistencia en país extranjero, resignándose no obstante á su desgracia con aquella virtud que sabe prescindir de las riquezas y de las prosperidades del mundo. Maria, hija del poderoso Eudemon, fué vendida á unos mercaderes de Siria, que la volvieron á vender en Cirro. Una de sus criadas, que no se había separado de su lado, continuó prestándole los servicios á que estaba acostumbrada en sus tiempos de mejor fortuna. Esta adhesión afectuosa acabó por poner en evidencia la alta condición de la cautiva, y la guarnición pagó su rescate. Colocóla el obispo Teodoreto entre el número de las diaconisas hasta el instante en que, noticiosa Maria de que su padre había obtenido un honorífico empleo en las provincias occidentales, corrió en su busca recomendándola la caridad de obispo en obispo.

(16) *Dua tanta urbes, latinorum literarum artifices, Roma atque Carthago.* SAN AGUSTIN.

(17) *Quia autem major laus aut certior quam Carthagine bene dicere, ubi tota civitas eruditissimi estis?* APULEYO, *Florida*, IV.